

## EL DÍA DE LA SALVACIÓN

Cuando después de una larga noche el viajero comienza a ver cómo en el horizonte despunta el amanecer, sus energías se renuevan, su ánimo se despeja, y renace su esperanza de que ese día algo alegre su vida y alumbre su corazón. De igual modo, en el ámbito espiritual la única esperanza para quien vaga por el oscuro laberinto del pecado y del desánimo, radica en la misericordiosa luz enviada por Dios.

La Sagrada Escritura habla del amanecer de un día especial, en el cual la salvación alumbraría el camino de todos los seres humanos. En uno de los más bellos pasajes referentes al futuro nacimiento de Cristo, dice el profeta Isaías: "No habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia... pues al fin [Dios] llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles. El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos" (Isaías 9: 1, 2). Y el profeta Malaquías se hace eco de estas palabras, al decir: "Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación" (Malaquías 4: 2).

Cuando sale el sol, llega el día. Y cuando Jesús nació en Belén de Judea, amaneció para el mundo el día de la salvación. Como cualquier día, el de la salvación tiene sus etapas características: el amanecer, el mediodía, el atardecer y el ocaso. Luego viene la noche.

¿Qué hora es, hermano, en el reloj de su salvación? ¿Ha amanecido para usted el Sol de Justicia? ¿O quizás usted vive todavía en las horas de oscuridad previas al amanecer? Los siguientes textos bíblicos nos ayudan a determinar el transcurso del tiempo en el reloj de la salvación. Dice el sabio Salomón en uno de sus proverbios: "Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (Proverbios 4: 18). Y el apóstol San Pedro nos dice que "tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones" (2 S. Pedro 1: 19).

Estos pasajes bíblicos destacan ante nuestra vista dos hechos. Primero, que el día de la salvación no sólo amaneció hace casi dos mil años en Belén de Judea, sino que también la aurora celestial despunta en el corazón de todo aquel que entrega su vida a Cristo, para perdón de sus pecados. Segundo, que la fuente de luz que transforma la aurora en un día de plena claridad, es lo que San Pedro llama "la palabra profética más permanente", es decir la Sagrada Escritura.

¿Qué lugar le hemos dado en nuestra vida a la Palabra de Dios? Si no la estudiamos con atención y perseverancia, el sol de la salvación no logrará brillar con fuerza en nuestra mente. Andaremos en la penumbra, a media luz, tropezando y extraviando el camino, porque no lograremos distinguir las señales y las marcas que nos podrían revelar la verdadera dirección que siguen nuestros pies. Es triste comprobar que muchos cristianos en la actualidad, por descuidar el estudio personal de la Sagrada Escritura, son víctimas de graves engaños que los alejan de Dios. En verdad, el día de salvación para ellos no ha pasado de ser un simple amanecer.

En el mundo natural, lo que distingue al día de la noche es la presencia del sol en el cielo. En la vida de todo ser humano, lo que distingue el día de la noche espiritual es la presencia de nuestro Salvador, el Señor Jesucristo. Cuando el Señor nació en Belén, amaneció para el mundo el día de salvación.

¿Y qué pasó después que Jesús ascendió al cielo? ¿Volvió al mundo la oscuridad espiritual? No, por cierto. Tal como lo había prometido el Salvador, pocos días después de su ascensión envió al mundo su representante: el Espíritu Santo. Debido a su presencia en el mundo hoy, todavía es válida para nosotros la tierna invitación que registró para nuestro beneficio el apóstol San Pablo, al decir: "Os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación" (2 Corintios 6: 1, 2).

Hermano, hoy es el día de tu salvación. No desperdicies sus horas sagradas, no sea que se diga de ti que has "recibido en vano la gracia de Dios". El sol de la presencia de Cristo y el conocimiento de su gracia inundan hoy el mundo. Pero como sucede con todo día que amanece, el tiempo no se detiene. Las horas transcurren con ritmo inexorable, y el sol avanza en su carrera hacia el ocaso.

Con el día de salvación sucede lo mismo. No brillará para siempre sobre el mundo la luz de la misericordia divina. Jesús ya lo advirtió antes de su crucifixión con estas palabras: "Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz" (S. Juan 12: 35, 36).

Vienen días en los cuales la gente tendrá hambre de oír la Palabra de Dios, y no podrá satisfacerla. El Espíritu Santo habrá dejado de hablar al

corazón de los que no quisieron aprovechar la luz del día de salvación para prepararse para estar firmes en el día malo. La famosa parábola de las diez vírgenes enseña que cinco de ellas no tomaron suficiente provisión de aceite, y sus lámparas se apagaron en el momento cuando más las necesitaban. Y sabemos que el aceite es símbolo del Espíritu Santo. El consejo que se les dio fue: "Id... a los que venden, y comprad" (S. Mateo 25: 9). Pero por más que se afanaron, no encontraron quien les vendiera. Cuando volvieron de su infructuosa búsqueda descubrieron, horrorizadas, que la puerta se había cerrado y ellas habían quedado fuera.

Al apóstol San Juan se le mostró esta misma situación, cuando se le dijo que registrara el siguiente decreto terrible, y no lo sellara, porque el tiempo de su cumplimiento estaba cerca: "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía" (Apocalipsis 22: 11). Cuando esas palabras solemnes sean pronunciadas sobre el mundo, entonces los impíos y los descuidados, que con indiferencia dejaron pasar las horas preciosas del día de oportunidad y salvación, se lamentarán horrorizados, diciendo: "Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos" (Jeremías 8: 20). En otras palabras, "¡se puso el sol, llegó la noche, y no hay esperanza para nosotros!"

¿Podemos imaginarnos palabras más tristes que éstas? No, no hay lamentación más amarga que la de quien descubra que en su vida se ha puesto para siempre el sol de la misericordia divina, el sol del día de su salvación.

Y cuando el Sol de Justicia esconda su rostro y deje de alumbrar a este mundo, ¿cómo será la noche que envuelva la tierra y a sus moradores? Terribles serán las escenas que presenciara este mundo. La ira de Dios se derramará sobre los indiferentes y los rebeldes, sin medida. El libro del Apocalipsis revela algunos de los castigos que caerán sobre los que hayan rechazado la gracia de Dios. En el capítulo 16 se describe el derramamiento de lo que San Juan llama "las siete plagas postreras". Enfermedades, sangre, tinieblas, desastres de toda clase y destrucción total es lo que espera a los enemigos de Dios.

Repito la pregunta: "¿Qué hora es en el reloj de tu salvación? ¿Te das cuenta que las sombras de la noche ya avanzan para cubrir el cielo a tus espaldas? Las condiciones del mundo nos muestran con claridad meridiana cuán poco más puede durar la misericordia de Dios frente a la impiedad que parece inundarlo todo. Los viejos errores y herejías se siguen enseñando con insistencia desafiante. En las mismas filas de la cristiandad muchos procuran dejar sin ningún efecto la autoridad de la

santa ley divina. Y las multitudes, ciegas, se precipitan en busca del placer y la ganancia material. ¿Cuánto más esperará Dios antes de actuar?

No resta mucho tiempo para hacer la paz con Dios. Aprovecha sabiamente lo que queda de luz, y busca refugio bajo las alas poderosas de nuestro Salvador, el único que nos podrá defender en la noche de tinieblas y destrucción que se avecina.

Te invito a que entregues tu corazón a Jesús, y le pidas perdón por haber visto con indiferencia cómo pasan las horas del día de oportunidad. Haz hoy tu decisión, para que cuando pase el día de la ira y amanezca la gloriosa eternidad, puedas tener herencia en esa ciudad bendita y eterna, la cual, según el testimonio del apóstol San Juan, "no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero [esto es Cristo] es su lumbrera" (Apocalipsis 21: 23).